



GRAN
ANGULAR

LAS BATALLAS DE PARWA

LUIS NIETO DEGREGORI





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

Las batallas de Parwa

Primera edición: julio 2020

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Corrección de estilo: Anna Maria Lauro

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación: Rosie Ramos

Diseño de cubierta: Rocel Rodríguez

Ilustración de cubierta: German Luna

Fotografía del autor: cortesía de Mónica Paredes

Fotografía de cubierta: cortesía de José Rebazza

© del texto: Luis Nieto Degregori, 2020

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2020

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

ISBN: 978-612-316-966-4

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Para Moni, con quien tanto hemos viajado,
en nuestra época, a otras épocas.*

PRELUDIO

Hacía buen rato que Parwa y las otras pupilas se habían sumido en un profundo sueño, cuando, de pronto, un violento estallido las sobresaltó. Unas se incorporaron en sus lechos, otras solo atinaron a dar voces y no faltaron dos o tres muchachas que empezaron a gimotear. Solo Parwa hizo rápidamente a un lado las mantas que la abrigan y se puso de pie con todos sus sentidos en alerta. Un fogonazo que se filtró a través de los tejidos que cubrían las ventanas y el estruendo que se oyó a los pocos instantes explicaron lo que estaba ocurriendo. Una tormenta de rayos, como si el dios Illapa hubiese enloquecido, se abatía sobre la ciudad.

—¡Acuéstense! ¡Acuéstense y vuelvan a dormir! —tranquilizó Parwa a sus compañeras—. La tormenta se está alejando...

—¿Cómo sabes? —preguntó una de las muchachas que no cesaba de gimotear.

—Empieza a contar cuando veas la luz... ¡Ahora! Uno, dos, tres, cuatro, cinco... —y el fragor del trueno la detuvo—. Si cuentas más de cinco después del próximo rayo, significa que cayó más lejos, cada vez más lejos...

—Uno, dos, tres... —y así hasta ocho se escuchó contar a varias chicas en la oscuridad. Y en la siguiente ocasión les dio tiempo de llegar a doce y poco a poco el seguir llevando la cuenta las fue tranquilizando y empujando suavemente a los brazos del sueño...

Al rayar el alba, la sirvienta que entró a la habitación a meterles prisa soltó la noticia:

—¡Anoche un rayo cayó en el palacio del inca! ¡Los sacerdotes están muy alarmados! ¡Es un mal presagio!

—¿Y el rayo que casi nos parte la cabeza es de buen augurio? —bromeó Parwa, que ese día había amanecido de inmejorable humor.

Estaba por cumplir los trece años y los rasgos de su rostro presagiaban a una mujer de belleza particularmente excepcional: un óvalo alargado enmarcado por una sedosa cabellera negra que le caía hasta los hombros y casi siempre llevaba suelta, dos ojos del mismo color, grandes y ligeramente oblicuos como los de una vicuña, nariz fina y labios, por el contrario, carnosos que, cuando dibujaban una sonrisa, dejaban ver dos hileras de dientes blancos como los granos del maíz.

Parwa fue elegida para educarse en la casa de las Vírgenes del Sol cuando apenas era una *pawaw pallaq*, una niña de nueve años de edad. La disciplina que se imponía a las ñustas y mamaconas en ese recinto cerrado al resto del mundo no había hecho la menor mella en su carácter rebelde y vivaz ni en su naturaleza intrépida, temeraria casi. Resultaba natural, pues, que para ella fuesen un juego de niños las duras pruebas físicas a las que eran sometidas las futuras servidoras de los dioses. En cambio, labores como el hilar, tejer o preparar la chicha, las preferidas por la mayoría de muchachas, se le antojaban tediosas y la sacaban de quicio. De hecho, con frecuencia Parwa era reprendida por cumplirlas de mala gana o sencillamente por escabullirse para ocupar su tiempo en algo más divertido.

Durante el desayuno, la tormenta de la noche anterior siguió siendo la comidilla. El rayo caído en el palacio del inca había matado a dos sirvientes, según algunas versiones porque les impactó directamente y, según otras, porque fueron aplastados por las piedras de un muro.

—¡Nosotras nos hemos librado por un pelo! —no se cansaban de repetir las chicas que dormían en la misma habitación con Parwa.

—¡Y por eso nos pusimos a llorar! —reaccionó ella, burlona como siempre.

—¡Parwa! —fue reconvenida por una de las *mamaconas*, quien además ordenó que la muchacha fuera conducida a presencia de la *wayrur aqlla*, la escogida principal.

«¿Por hacer una simple broma?!» —fue refunfuñando por el camino Parwa, pues le parecía que en esta ocasión sus superiores estaban cometiendo un exceso.

Los aposentos de la escogida principal estaban apartados del resto de edificaciones de la casa de las Vírgenes del Sol y pocas personas tenían permiso para visitarlos. De hecho, había muchachas que nunca habían pisado ese lugar. Equivocadamente, se podía pensar, pues, que Parwa era una privilegiada, pero no: cada vez que había comparecido ante la *wayrur aqlla* había sido para ser amonestada. Y en la última oportunidad le dieron incluso un ultimátum: ¡o guardaba estricto respeto por los preceptos de la casa o sería enviada de regreso adonde su papá y su mamá!

La escogida principal, una mujer de unos cincuenta años, de rostro sereno y por lo general buen talante, no estaba sola. La acompañaba Guaman Chawa, uno de los sumos sacerdotes a quien Parwa recordaba de la última Fiesta del Sol, la primera a la que había asistido en su vida. En esa ocasión, Guaman Chawa enceguecía a quienes se fijaban en él por el resplandor de los ornamentos de oro de su atuendo. Ahora no portaba ni brazaletes ni pectoral ni ningún adorno del metal precioso, pero su porte igual resultaba impactante y, al verlo, Parwa se sintió empequeñecer. «Esa última advertencia iba en serio» —pensó y por primera vez sintió arrepentimiento de no haber hecho caso a las personas mayores. No podía negar que moría de ganas de ver a sus padres y a sus hermanitos y hermanitas, pero... ¿ser expulsada de la casa de las Vírgenes del Sol! ¿Podrían en su familia y en su pueblo soportar la vergüenza?

—¿Ya sabes lo del rayo? —le preguntó la *wayrur aqlla*.

—Sí, señora —respondió Parwa.

—Los sacerdotes dicen que es un mal augurio, que hemos provocado la ira de nuestros dioses... —continuó la escogida principal.

Parwa pensó que sería acusada de haber enojado a alguno de los dioses con su mal comportamiento, tal vez al mismísimo padre Inti, y trató infructuosamente de contener las lágrimas...

—¿Por qué lloras? —se asombró la escogida principal.

—¡Juro que nunca más me voy a portar mal! ¡No me expulsen! —imploró Parwa.

—¿Expulsarte? ¡Nadie piensa expulsarte! Al contrario...

El sacerdote pidió silencio en ese momento con un simple ademán y Parwa se sumió en el desconcierto: ¿no había expulsión? Entonces, ¿por qué estaba allí? ¿Le esperaba un castigo aún peor?

—Dicen que eres una muchacha decidida —tomó la palabra Guaman Chawa—. ¡Se vienen tiempos en los que vamos a necesitar a muchachas como tú! ¡Hoy día llamaremos a cinco chicas para que se preparen para una capacocha! De las cinco, solo la mejor será ofrecida a los dioses dentro de un año...

¡Parwa se quedó boquiabierta! Una capacocha era el ritual más importante para las doncellas escogidas. ¡Era tan importante que solo muchachas excepcionales en todos los sentidos eran seleccionadas para participar en él! Durante todo un año, la elegida se ejercitaba para las pruebas más difíciles, tanto físicas como espirituales, y solo si las superaba era finalmente ofrecida a los dioses. ¡Sí, la capacocha implicaba ofrendar la vida a los dioses en la cumbre de una montaña de nieve!

¡Ella había sido seleccionada! ¡Una muchacha humilde que había crecido a orillas de una laguna en las alturas cuidando llamas y alpacas! Chawaytire era el nombre de su pueblo, pero rara era la persona que sabía de su existencia. Ella explicaba que quedaba cerca de los

templos sagrados de Písac mandados a edificar por el gran Pachacútec y recién sus oyentes se formaban una idea del lugar donde había nacido y crecido. ¿Tal vez si ella superaba a las otras chicas seleccionadas los pobladores de los cuatro suyos escucharían hablar de Chawaytire? Seguramente sí, pero ella ya no estaría en este mundo para alegrarse...

—¿Qué dices? ¿Crees ser digna de la misión que te queremos encomendar? ¿Hay dentro de ti la fuerza suficiente? —La apartó de sus cavilaciones el sacerdote escudriñándole los ojos.

—Sí... —no fue muy firme en su respuesta Parwa, pero rápidamente hizo a un lado sus temores y repitió con más convicción—: ¡Sí, sí!

El resto del día, Parwa prefirió apartarse de todas las personas y buscó refugio en un rincón de los jardines. Ella siempre se jactaba de estar preparada para ese momento y a la hora de la verdad resultó que no, que se sentía como tironeada en distintas direcciones. No cabía en sí de la dicha de ser una de las elegidas y al mismo tiempo experimentaba pavor de mirarle a los ojos a la muerte. Y encima echaba de menos su casa y la tranquilidad que la invadía cuando su mamá la estrechaba en sus brazos... Solo cuando asomó la luna, enorme como un disco de oro, pudo recuperar los ánimos para sumarse a su grupo. «Mama Killa —invocó a la diosa que la iluminaba—, ¡ayúdame a superar esta difícil prueba!».

* * *

Once veces la luna había completado su camino en el cielo, cuando a las cinco elegidas les anunciaron que se acercaba el momento de la decisión. ¡Qué pruebas no habían superado —soportar el frío más intenso, padecer varios días de hambre, caminar descalzas sobre brasas ardientes, permanecer en la oscuridad y silencio totales

hasta perder la noción del tiempo— y allí estaban las cinco, no enfrentadas como si fueran enemigas sino unidas como los dedos de una misma mano! Eso se debía a las enseñanzas de la elegida principal, la *wayrur aqlla*, que no se cansaba de inculcarles que una persona sola puede llegar muy lejos, pero con ayuda de los demás irá aún más allá y alcanzará su cometido.

La *wayrur aqlla* se encargó personalmente de fortalecer su espíritu y al final de cada ardua sesión de trabajo les repetía las mismas palabras:

—Recuerden, las personas no vivimos para nosotras mismas, vivimos para los demás.

¿Sería ella la elegida? Parwa dormía sobresaltada y su estado de nerviosismo empeoró cuando corrió la noticia de que el inca Huayna Cápac, bautizado así por su juventud, visitaría la casa de las elegidas. Tres días antes de la Fiesta del Sol, en efecto, a ñustas y a mamaconas les ordenaron vestir sus mejores galas para recibir al soberano. En el patio destinado a esa importante ceremonia aderezaron con los tejidos más finos el asiento que ocuparía el inca. Las cinco doncellas que desde hacía casi un año se preparaban para la capacocha fueron colocadas en primera fila frente a ese asiento y tanto ellas como las demás elegidas esperaron de rodillas desde muy temprano.

Contadas eran las personas que tenían el privilegio de ver al hijo del sol de tan cerca. Y solo podían mirarle a los ojos los súbditos a quienes él se dirigía. ¿Le tocaría en suerte tamaña dicha a Parwa? ¡Se puso a temblar como una vicuña atacada por un puma cuando se escucharon las voces que anunciaron la cercanía del séquito real! Mirando de soslayo, Parwa descubrió que uno de los acompañantes del inca era Guaman Chawa, el sacerdote a quien ya conocía. La *wayrur aqlla*, por su parte, esperaba también de rodillas a un costado del trono. Tras tomar asiento, Huayna Cápac intercambió algunas frases con ella, pero Parwa fue incapaz de entender su significado. ¡Estaba demasiado tensa!

A una señal de la *wayrur aqlla*, una mamacona se acercó a las cinco elegidas, les ordenó ponerse de pie y avanzar unos pasos en dirección al inca. Ellas hicieron lo que se les exigía, pero sin atreverse a levantar la cabeza. De pronto, Parwa sintió la mirada de Huayna Cápac puesta en ella.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —escuchó a continuación.

—Parwa, gran señor —se atrevió finalmente a alzar los ojos.

Se encontró con una mirada benevolente, pero al mismo tiempo con unas facciones tan enérgicas que involuntariamente volvió a bajar el rostro. Más tarde, cuando el séquito real se retiró y la vida en la casa de las Vírgenes del Sol volvió a su cauce normal, fueron muchas las jóvenes que quisieron saber cómo era Huayna Cápac. Parwa, al verse rodeada por ellas, dijo primero que no se había atrevido a verlo, pero nadie le creyó. Pensó un rato entonces y lo único que atinó a decir fue que Huayna Cápac era hermoso.

—¡Es hermoso y radiante! —puntualizó y volvió a repetir esas palabras las veces que fue necesario.

En la casa, todo el mundo daba por sentado que Parwa era la elegida para la capacocha, pero en realidad eso no fue confirmado sino hasta un par de semanas después.

En la Fiesta del Sol, que se celebró en la plaza principal con presencia de toda la nobleza, los sacerdotes y también las elegidas, ocurrió un suceso pavoroso. Estaba el inca en el *usno* bebiendo la chicha sagrada para agradecer a su padre Inti cuando de pronto en el cielo azul, sin una nube, surgió un cóndor. Vino del lado de Sacsayhuamán y tras él aparecieron varios halcones. Este espectáculo de por sí inusual captó de inmediato la atención de todos los presentes, quienes al principio lo saludaron con algarabía, como una buena señal. De un momento a otro, sin embargo, los halcones empezaron a atacar al cóndor y el ave se precipitó a la plaza, a la

esquina donde se erigía el torreón circular. Gritos des-pavoridos, primero, y luego un silencio sepulcral acompañaron la caída del cóndor. Un grupo de sirvientes, por orden seguramente de los sacerdotes que se arremolinaban alrededor del *usno*, trasladó al ave a la casa de las Vírgenes del Sol. Allí la vio Parwa y descubrió espantada que estaba enferma: una especie de sarna cubría casi todo su cuerpo.

—¡El inca te encarga que cuides al cóndor enfermo! ¡Dice que es lo que te corresponde, pues eres la elegida para la *capacocha*! —le comunicó a Parwa esa misma tarde la *wayrur aqlla*. Nuevamente Guaman Chawa le hacía compañía, pero en esa ocasión el sacerdote no dijo esta boca es mía. Se limitó a mirar severamente a Parwa como si ella fuera la responsable de lo acaecido.

Tiempos sombríos comenzaron en el Cusco, la ciudad sagrada de los incas. No había que ser sacerdote ni hechicero para comprender que el insólito espectáculo que se dio en la plaza era el anuncio de calamidades e infortunio. Parwa dedicaba casi todas las horas a brindar cuidados al ave de mal agüero, pero esta no mostraba señales de mejoría. Por el contrario, casi no tocaba los alimentos que le ponían delante y apenas bebía un poco de agua. Es más, los mejores curanderos prepararon emplastos para las pústulas que afeaban su plumaje, pero tampoco surtían efecto. Inútilmente Parwa, con ayuda de varias sirvientas que se encargaban de sujetar al ave, se esforzaba en aplicar esos malolientes ungüentos...

¿Qué ocurriría si el cóndor moría? ¿Ella pagaría las consecuencias? ¿Sería devuelta a su casa o, peor aún, destinada a realizar las labores más bajas y sacrificadas en esa misma casa como la más humilde de las sirvientas? A medida que el estado del cóndor se agravaba, Parwa se hundía en el desaliento. Y la mañana que al acercarse a la jaula descubrió que el ave estaba muerta, se deshizo en llanto, pero no por el cóndor sino por ella misma...

Al llamado de la elegida principal acudió resignada. Antes tuvo el cuidado de enjuagarse repetidamente el rostro para tratar de borrar las huellas de sus lágrimas.

—Parwa, tenemos algo muy importante que decirte... —empezó la *wayrur aqlla*. Como en anteriores ocasiones, junto a ella estaba Guaman Chawa, el sacerdote.

—Teníamos mucha fe en que el ave sagrada se recuperaría con tus cuidados, pero no ha sido así —tomó la palabra Guaman Chawa—. ¿Sabes qué significa su muerte?

—Muchas calamidades caerán sobre el Cusco... —articuló a duras penas las palabras Parwa.

—¡Bueno fuera! El oráculo del Huanacauri ha sido consultado y el de Pachacámac en el Chinchaysuyo y muchos otros más y todos coinciden en lo mismo: ¡el imperio de los cuatro suyos se encuentra en gran peligro! ¡Hombres venidos de muy lejos podrían destruirlo!

Parwa escuchaba aterrada. ¿En sus manos estuvo cambiar el curso de los hechos y ella no supo salir airosa de ese desafío?

—Como comprenderás, el inca está abatido —continuó el sacerdote—. ¡No te voy a mentir! ¡Yo mismo le he sugerido que escoja a otra ñusta para la capacocha, pero no me ha escuchado! Huayna Cápac se mantiene firme en su elección. ¡Tú sigues siendo la predestinada!

¡El sentimiento que embargó a Parwa al escuchar estas palabras fue el de plenitud! ¡Ni siquiera después de que el inca le dirigiera la palabra sus pulmones se habían colmado de aire de ese modo! ¡Tan solo hacía unos instantes era un insignificante gusano y ahora de pronto se hallaba transformada en el más hermoso de los picaflores, esos de plumaje tornasolado que beben en las flores no néctar sino la luz del dios Sol!

—Parwa... —la sacó de su ensoñación la *wayrur aqlla*—, ¡te esperan meses de durísimo entrenamiento! ¡La capacocha a la que estás destinada será muy diferente a todas las otras! ¡Llegado el momento sabrás más, pero ahora necesito escuchar de tus labios que podemos confiar en ti!

—¡Sí, sí, señora, pueden confiar en mí! —respondió de inmediato Parwa. ¡Era sincera! ¡Dentro de ella bullía un ímpetu capaz de mover montañas!

* * *

De ser la más amiguera, Parwa poco a poco se volvió retraída. Había jurado no decir una palabra a nadie, ni a sus amigas más íntimas, sobre la terrible amenaza que se cernía sobre el imperio. Era un secreto, sin embargo, que le pesaba mucho y que le dibujaba una arruga de preocupación en la frente. El resto de ñustas y mamacónas, por el contrario, se fueron olvidando de los sucesos de la Fiesta del Sol e interpretaron a su modo el comportamiento de Parwa.

—¡Se cree muy importante porque es la elegida para la cacapocha! —comentaban a sus espaldas.

—Sí, por eso y porque está recibiendo una preparación especial... ¿Han visto el tiempo que le dedica la *wayrur aqlla*? —No faltaba quien echara más leña al fuego.

Era verdad que Parwa a veces extrañaba a la muchacha que no se cansaba de jugarles bromas a sus compañeras, a la chica traviesa que se saltaba las reglas porque seguía su primer impulso, pero por más que algunas veces lo intentó ya no podía comportarse como antes. Lejos había quedado la adolescente irreflexiva, burlona, rebelde que un día sí y el otro también necesitaba desafiar toda autoridad. La Parwa que ahora veía reflejado su rostro en las aguas del estanque adonde acudía a descansar era serena, pensativa, concentrada en estar a la altura de los desafíos que le esperaban...

Y en ese mismo estanque, al atardecer, cuando la luna asomaba tras la mole negra del Pachatusan, Parwa presenció un nuevo augurio, el definitivo: tres halos se empezaron a formar alrededor del astro, infundiendo nuevamente pavor entre las elegidas y la población de la ciudad sagrada. El primer halo tomó el color de la san-

gre; el segundo era de un negro verdoso, siniestro; y el tercero, un tanto difuminado, semejaba un círculo de humo.

Toda clase de conjeturas se tejieron sobre el significado de ese inquietante fenómeno. Parwa no intervenía en esos corrillos. Suponía que era un anuncio más del peligro en que se encontraba el imperio y a los pocos días recibió la confirmación de sus temores. La explicación la dio un anciano que servía en el Coricancha, el templo del Sol. El hechicero llegó a la casa de las Vírgenes del Sol en compañía de Guaman Chawa, el sacerdote. Se apoyaba en un bastón para caminar y tenía el rostro surcado por profundas arrugas.

—El halo rojo significa que habrá una cruenta guerra entre hermanos —empezó pausadamente a interpretar el augurio el hechicero—. El halo negro representa la ruina del imperio y el tercer halo nos da a entender que todo lo que ahora conocemos se desvanecerá como el humo...

—Parwa —intervino la *wayrur aqlla*—, durante este tiempo te hemos preparado no solo para la capacocha. Tu misión no es únicamente ofrendar tu vida a nuestras divinidades. ¡Es mucho más importante!

¿Qué podía haber más importante que entregar la vida a los dioses por el bien del imperio? A Parwa se le escapaba el sentido de las palabras de la elegida principal. Volvió el rostro hacia el sacerdote y lo miró inquisitiva a los ojos.

—La capacocha, en tu caso, y dadas las terribles circunstancias, solo será un tránsito —le aclaró Guaman Chawa atendiendo a su muda pregunta—. Volverás a nacer entre los hombres con la misión de salvar nuestro mundo. Y puede ser que no una sino varias veces...

¿Volver a nacer? ¿Salvar el mundo? A Parwa le daba vueltas la cabeza. Era incapaz de imaginar qué sucedería con ella después de la capacocha y cómo podía salvar al imperio. ¿El inca no contaba para ello con ejércitos po-

derosos e invencibles que humillaban a todos sus enemigos? ¿Qué podía hacer una muchacha para frenar la ruina del Tahuantinsuyo? ¿No era mejor que ese desafío lo asumieran los valerosos generales de Huayna Cápac?

—¡Nunca olvides cuál es tu cometido! Te encontrarás, cada vez que sea necesario, con personas que te ayudarán y te orientarán —respondió a sus dudas el sacerdote.

—Dentro de tres lunas llenas será la *capacocha* —le anunció finalmente la *wayrur aqlla*—. Se ha escogido para la ceremonia una de las montañas nevadas del Contisuyo. Tu entrenamiento continuará hasta el último momento y será más exigente. Solo tendrás unos días de descanso para despedirte de tu familia.

El papá, la mamá y los tres hermanitos de Parwa la visitaron al poco tiempo. Como no se les permitía el ingreso a la casa de las Vírgenes del Sol, la familia se reunió en un tambo cercano. Al comienzo, todos, hasta Tika, su compañera de juegos, se mostraron cohibidos, como si Parwa fuese una gran princesa, pero ella se encargó rápidamente de romper esa incomodidad. Abrazó a Cusi, el pequeñín a quien dejó de poco más de un año y que ahora era un niño de mirada vivaz, y luego hizo lo mismo con los demás.

En el pecho de su madre escondió el rostro durante largo rato. Era su manera de decirle cuánto la quería y cuánto la había echado de menos todos esos años.

—Parwa —le dijo ella acariciándole la cabeza—, eres una bendición para nosotros, para todo nuestro pueblo. ¡Nada nos hacen faltar desde que has sido señalada por el inca! ¡Igual, sin embargo, el corazón me duele de pena!

Madre e hija, estrechándose con todas sus fuerzas, dejaron que las lágrimas corriesen libremente. Esos sollozos no solo eran de pena porque nunca más se volverían a encontrar. Eran también de felicidad por el destino singular que le aguardaba a Parwa...

El vacío que le dejó el retorno de su familia a Chawaytire, Parwa lo suplió con los entrenamientos. Los me-

jores guerreros de Huayna Cápac fueron puestos a su servicio para que ella practicara todas las técnicas de lucha, con armas y sin ellas, que había aprendido. Era cierto que casi siempre esos varones, más altos y más fuertes que ella, lograban derrotarla, pero debían exigirse al máximo para salir airosos. En todo caso, los maestros que entrenaban a Parwa, cuando finalmente fueron consultados, dijeron que ella no podía estar mejor preparada...

Hasta el último detalle para la capacocha fue también dispuesto. Una actividad febril, sobre todo, se desató en torno a la vestimenta. Un grupo de mamaconas le probaba a Parwa los vestidos y las llicllas que usaría en el largo trayecto hasta el Contisuyo, a cuál más bello y delicado. Un segundo grupo puso especial esmero en elaborar las prendas para la ceremonia con los tejidos más finos. El vestido, de un blanco inmaculado, estaba adornado con bandas de coloridos tocapus en la cintura y en el ruedo. Una lliclla de un rojo encarnado con adornos amarillos y negros contrastaba con el vestido. Ese atuendo, propio de las princesas, fue completado con aretes de oro y un *tupu* de plata coronado con una figurilla de ave labrada por un diestro orfebre.

¡La belleza de Parwa así ataviada era simplemente deslumbrante! Ñustas y mamaconas se deshacían en elogios al ver a la elegida, pero fue la *wayrur aqlla* quien encontró las palabras exactas para expresar lo que todos sentían:

—¡Solo los dioses son dignos de tanta hermosura!

Parwa pasó por alto todos esos halagos. Ella tenía la mente puesta en la capacocha y contaba los días que faltaban para la luna llena. Y ese anochecer en el que Killa, la diosa, asomó tras el Pachatusan, se hincó de rodillas y le dirigió una plegaria: «¡Dame fuerzas para enfrentar con serenidad la muerte, pero sobre todo dame fuerzas para luchar por las naciones de los cuatro suyos!» —pronunció en voz alta.

Un nutrido cortejo partió a la mañana siguiente del Cusco en dirección al Contisuyo. Los guerreros que habían entrenado a Parwa iban a la cabeza, seguidos de los sirvientes que guiaban a las llamas encargadas de portar enseres y alimentos. Sacerdotes y hechiceros conformaban el siguiente grupo precediendo a Parwa, que era escoltada por sus sirvientas. Cerraba la marcha otro destacamento de soldados del inca. Si no fuese porque Parwa iba a pie y no en andas, los curiosos que en cada pueblo veían pasar el cortejo hubieran pensado que estaban ante la mismísima *coya*, la esposa del inca.

Dos semanas demoraron en avistar dos cumbres nevadas en el horizonte, una de ellas humeante. En el descanso para almorzar, Guaman Chawa se acercó a Parwa y le señaló el volcán:

—Ese es el Ampato. Allí será la capacocha. Llegaremos a las faldas del volcán mañana al atardecer...

Surgidos como de la nada en un extenso altiplano, el Ampato y la otra montaña se enseñoreaban en el paisaje. Parwa una y otra vez clavaba la vista en esa cima humeante a medida que se acercaban. Sabía que allí, en el cráter de ese volcán, dormiría el sueño eterno y, por más que se había preparado para dar ese paso, sentía bastante temor.

El ascenso al nevado empezó de madrugada, cuando el aire helado cortaba la respiración. Una suave pendiente muy pronto dio lugar a una ladera muy escarpada que había que vencer subiendo en zigzag y siguiendo las huellas de los guías más experimentados. Al final de esa agotadora jornada llegaron a una pequeña meseta donde se instaló el campamento. Esa noche, Parwa bebió una pócima preparada por uno de los hechiceros y se quedó profundamente dormida. En sueños, estuvo luchando a brazo partido contra los sanguinarios atacantes que amenazaban el Tahuantinsuyo y despertó exhausta.

El selecto grupo que participaría en la capacocha llegó a la cima del Ampato pasado el mediodía. Las últimas

horas ascendieron trabajosamente entre riscos cubiertos de nieve y hielo en los que era muy fácil resbalar. Cuando finalmente llegaron al borde del cráter, Parwa tenía los pies congelados. Allí de inmediato empezó la ceremonia. Cuatro sacerdotes, uno por cada suyo del imperio, ofrecieron hojas de coca a los apus al tiempo que pedían su protección y benevolencia. Dos hechiceros, sentados en el suelo a unos metros del resto, bebían un brebaje que les permitía comunicarse con los espíritus. La elegida, en tanto, se había quitado las sandalias de cuero y esperaba arrodillada sobre una manta en la que habían dispuesto todo lo que llevaría consigo al Hanaq Pacha, el mundo de arriba: joyas de oro y plata, peines y vasos de madera, finas vasijas de arcilla, chuspas con granos de quinua y maíz y hojas de coca y, en medio de todo esto, una figurilla de oro macizo de media cuarta de altura delicadamente ataviada con un tocado de plumas rojas y unas prendas en miniatura del tejido más fino que se pueda elaborar.

La figurilla, una representación de Parwa, llevaba un atuendo parecido al de ella: un vestido de color blanco decorado con guardas geométricas en amarillo, verde y azul; una lliclla o manta de color carmesí con adornos amarillos y negros y tres prendedores o *tupus* de oro de un dedo de largo. Tres llamas en miniatura, también de oro macizo, acompañaban a esta estatuilla.

Parwa estaba abstraída en la contemplación de la muñequita de oro cuando los cuatro sacerdotes se colocaron alrededor de ella, dando las espaldas a cada uno de los puntos cardinales. Los dos hechiceros, con sendos vasos de madera, se le acercaron y le pidieron que bebiera primero de un quero y después del otro. La elegida derramó en el suelo un poco de líquido de cada vasija para agradecer a la Pachamama, la madre Tierra, y seguidamente bebió.

Permaneció con los ojos cerrados, ajena a todo, cuando de pronto percibió que el cuerpo le dejaba de pe-

sar y se volvía ligero cual una pluma de ave. Se tocó los pies, que hasta hacía unos momentos le dolían de frío, y le parecieron tibios. Se sintió reconfortada y decidió que era el momento de ascender al Hanaq Pacha. Así lo hizo y, al bajar la vista, vio a sus pies un mar de montañas, algunas cubiertas de nieve. Unos halcones se le acercaron de pronto y tuvo miedo, pero solo por unos instantes pues comprendió que ella estaba preparada para hacerles frente, para encarar cualquier peligro...